

Pues si la tierra preciosa,  
 que labra Dios como hija,  
 cría tanta sauandija,  
 tanta yerua ponçoñosa,  
 aquestotra tierra astrosa  
 que dió Dios para comer,  
 ¿con que puede responder,  
 son hérsenos amargosa?

Y an aquestas sobreuintas  
 puedellas hombre sofrir,  
 si no vuiesen de uenir  
 otras mayores afrentas;  
 quando se pagan llas rentas,  
 allí, cuerpo de mi suegra,  
 allí, allí vereis la negra,  
 al tiempo de dar las cuentas.

Ora en fin, fin, enmendar,  
 enmendar ya, si quixerdes,  
 que miêtras llos panes verdes,  
 aón se pueden remediar;  
 y el ombre, antes de finar,  
 siempre se juzga por verde,  
 que, al fin, se gana o se pierde,  
 qual murier lo an de juzgar.

DIEGO SÁNCHEZ DE BADAJOZ

## RECUERDOS

# Frases ingeniosas

Por MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO

(Conde de Canilleros)



ONOCÍ a don Jacinto Benavente en el camerino de doña María Guerrero, en el teatro de «La Latina», cuando, ya en sus últimos momentos, la genial actriz representaba *Doña Diabla*. Me lo presentó el empresario de «La Comedia», don Tirso Escudero. Aquella primera noche le oí una frase que recojo en mi recuerdo de la gran actriz.

Desde entonces, corrieron muchos años hasta el 14 de Junio de 1954, día de la muerte de don Jacinto. Durante ellos, ha dicho muchas frases y se le han atribuido otras muchas, porque, como se dice en *Pepa Doncel*, todos los conceptos ingeniosos que se cuentan en España, se los atribuyen a Quevedo o a Benavente.

Hay el fondo cierto de que don Jacinto fue hombre de frases agudas, aspecto en el que su popularidad es, si cabe, mayor que como dramaturgo; pero de esta fama, yo tengo que confesar que, salvo la aludida galantería a la Guerrero, que no es ninguna cosa extraordinaria, no le oí nunca una frase ingeniosa.

Realmente, mi trato fue superficial, pues se redujo a coincidir varias veces a lo largo de los años en tertulias en las que él estaba y en las que se hacían comentarios teatrales. De todas formas, no tuve la fortuna de oír nunca un comentario agudo, siendo lo curioso que, como tanto había oído hablar de su ingenio, en las veces que coincidí, no tenía más obsesión que recoger alguna frase. Viendo que ésta no surgía, quise una vez forzarla, o mejor dicho, valorar históricamente una de las más antiguas y más repetidas, que desde muchacho la había oído:

Se decía que a Benavente, joven aun, al salir del estreno de una obra suya en la que había fustigado a la aristocracia, una dama de alta alcurnia, famosa por su ingenio y por sus extravagancias, le dio un golpe en la cabeza con el abanico, diciéndole, con gesto despectivo, este trozo de la conocida fábula:

«Tu cabeza es hermosa;  
pero sin seso».

A lo que Benavente contestó rápido:  
—Completad la fábula, condesa:

«Dijo la zorra al busto  
después de olerlo».

Aprovechando que estaba en la puerta del teatro de «La Comedia» solo con don Jacinto, esperando a don Tirso Escudero, para salir a la calle, le recordé la anécdota relatada y le pedí que me dijese si era cierta. Cuando iba a contestar, se acercaron unos señores a saludarle. Seguidamente llegó Escudero y salimos todos a la calle del Príncipe. En la plaza de Santa Ana se hizo la despedida. Y me quedé sin saber si era cierta o falsa la anécdota, porque jamás tuve ocasión de volver a hablar de ello.

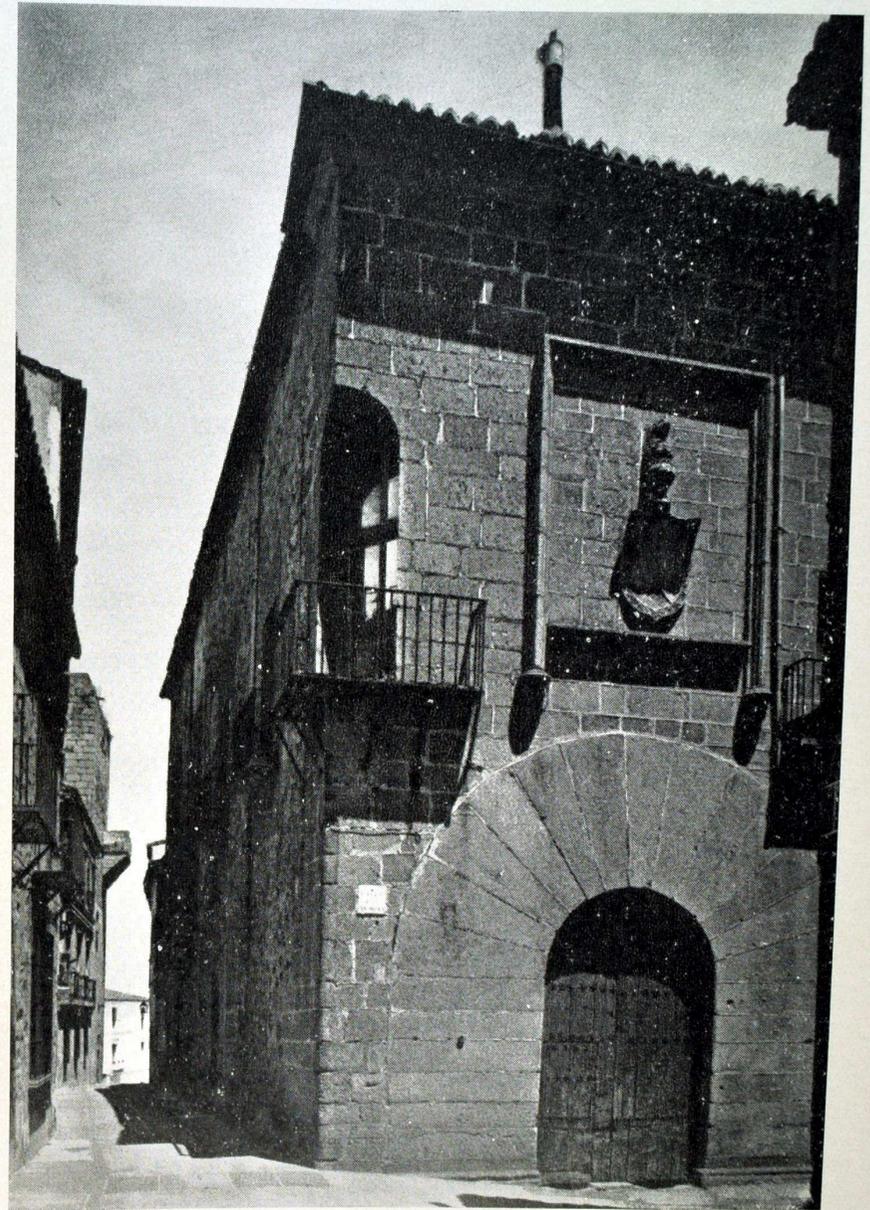
Me he tenido que contentar con oír las frases ingeniosas de Benavente en la escena, ya que tantas tiene en sus comedias, o referidas por otros sin garantía de autenticidad.

Mi vida cae por completo dentro de la influencia benaventina en el teatro español. Desde muchacho fui un entusiasta del maestro, cuya excepcional talla no cabe discutir, ni es éste lugar para analizarla. Fue un genio, de esos que pasan siglos antes de que nazca uno. Por ello, me duele que en sus últimos años —¿por qué se ha de callar?— no hubiera alguien que velase por su prestigio —¡él era ya tan anciano!—, impidiendo el estreno de obras que sólo han servido para que algunos combatieran su fama. Esto, al fin de cuentas, es accesorio, porque la labor gloriosa y perenne no puede ni empañarla algún leve error senil del que moría en su Madrid nativo cuando iba a cumplir los ochenta y ocho años, el 14 de Julio de 1954, a la una menos diez de la tarde. ¿Quién recuerda nada malo, ante la memoria de tantas obras cumbres?

Cuando vi por vez primera —luego la he visto y leído muchas veces— *La propia estimación*, una de las comedias de don Jacinto que más me impresionó, dije a un amigo al salir del teatro:

—¡Qué cosa tan magnífica! Benavente es único: nadie como él sabe enlazar esos cuentos que mezcla en la trama, esas frases ingeniosas.

Repetí esto muchas veces, al salir de muchas de sus comedias. Hoy sigo diciendo lo mismo, con la pena de no haber podido oír nunca de sus propios labios unas de sus frases ingeniosas.



ALBUM EXTREMEÑO.—Cáceres: Casa de los Carbajales  
(Foto «El Noticiero»)